

# reseñas bibliográficas

---

MARX/ENGELS. *China, ¿fósil viviente o trasmisor revolucionario?*, México, Serie Estudios, núm. 44, Edición de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1975, 212 pp.

Desde el momento en que se tuvo en México el primer conocimiento sobre la existencia de los textos que constituyen esta compilación y edición llevada a cabo por Lothar Knauth, en el año de 1967, hasta el año de su publicación, 1975, han pasado ocho años en los que por un motivo u otro la publicación definitiva de los textos de Marx y Engels se vio postergada por dificultades técnicas de todo tipo. Es un verdadero éxito por parte de los realizadores de esta compilación que finalmente haya visto la luz después de todos esos años de trabajo.

Los textos que forman este libro son diferentes artículos, editoriales, cartas personales y fragmentos de distintas obras de Marx y Engels, relacionados todos con distintos aspectos de la historia política y económica de la China del siglo pasado. Por su parte, Lothar Knauth introduce estos textos situando además la historia del desarrollo intelectual y político de Marx en forma paralela al desarrollo histórico de China, para dar una visión más completa del marco en que se injertan los análisis y del panorama sociopolítico de esa época.

El interés de Marx en China parece tener su origen en el contacto que tuvo hacia el año de 1850 con un misionero protestante holandés llamado Karl Gützlaff, pionero europeo en el conocimiento de Oriente, traductor de la *Biblia* al idioma chino, editor de la primera revista hecha por un europeo en chino, agente y comerciante de una compañía de exportaciones, dedicado al tráfico del opio y del té, y finalmente pequeño oficial del Imperio Celeste.

Entre otras informaciones sobre la situación en China, Gützlaff estaba muy impresionado por el efecto que la traducción de la *Biblia* había tenido en uno de sus discípulos, un joven aproximadamente de la edad de Marx, Jung Hsiuchuan, que inspirado por los pasajes apocalípticos de los libros sagrados asumió el papel de profeta del cambio o mesías de una era apocalíptica, de un nuevo milenio, erigiéndose en mesías y en líder político de una banda de fanáticos y de rebeldes, que bajo el nombre de Sociedad de Adoradores del Cielo, comenzó a realizar una serie de actos y finalmente un movimiento que tuvo gran trascendencia en la historia política

de esa época, ya que de un ataque sistemático a los templos de Confucio pasó inmediatamente a un ataque frontal contra las fuerzas imperiales chinas y finalmente terminó en una revuelta general que fue denominada la *rebelión de los Taiping*. Jung creó un Reino Celestial de la Gran Paz, en el que se llevaron a cabo varias reformas importantes de tipo administrativo, reformas agrarias, determinación de una igualdad entre los sexos, ataques a las diferencias sociales entre pobres y ricos, y una actitud "pre-revolucionaria" que de acuerdo a las previsiones de Marx y Engels, acabaría por hacer huir del Asia a los europeos reaccionarios.

La rebelión de los Taiping y el conocimiento que de ella tuvieron Marx y Engels les hizo aproximarse más y más al problema de las relaciones entre los países colonialistas y los colonizados, establecer de una manera más rígida la influencia entre la lucha por los mercados, en el caso de la China, del comercio del opio y de las presiones económicas capitalistas que conducirían necesariamente a un estallido de nuevas tradiciones que se manifestarían en la forma de revueltas y de rebeliones como lo anunciaba ya la rebelión de las huestes de Jung, que llegaron en un momento dado a controlar y tomar la parte sur de toda la China y a apoderarse de la capital, Nankín.

Al análisis político y a la polémica, Marx añadió, bajo la influencia del economista Ricardo, cada vez más elementos de análisis económico y así llegó a la conclusión de que eran en realidad las relaciones de luchas de mercado y de comercio exterior las que impulsaban el avance capitalista en los continentes recién descubiertos, como América; en África y en los países asiáticos. La existencia en Europa en un momento dado de grandes *stocks* de oro y el desarrollo de sus fuerzas productivas tenían como contrapartida la exigencia de ampliar sus mercados, y con ello la necesidad de establecer cabezas de playa en los nuevos continentes para adueñarse de puertos e imponer la apertura al comercio mediante el uso de la fuerza.

Al mismo tiempo, los conflictos en el interior de la política parlamentaria, en el caso de Inglaterra ligada al advenimiento de elecciones influía grandemente en las relaciones exteriores, en particular con China. La proximidad de una crisis en Europa, provocada por la expansión industrial sin salida, por la necesidad creciente de materias primas, por el alza de los precios y por una serie de cosechas deficientes, encontraron salida y repercusión en los países del Lejano

Oriente, creando en ellos una crisis debida a la imposición de nuevos impuestos, a una competencia desfavorable, y a una ruptura progresiva de las instituciones políticas y económicas de aquellos países. El resultado fue el de la intervención armada, bajo diversos pretextos como fueron las "crueldades llevadas a cabo contra los ciudadanos europeos en China", que Marx determina como justa reacción del pueblo chino contra la intervención permanente y las arbitrariedades llevadas a cabo por los europeos en China: como el tráfico creciente del opio, el soborno a los empleados chinos, la trata ignominiosa de culis a Perú y Cuba y la creación de una situación viciosa en los puertos contractuales.

La primera guerra del opio, 1839-1842 culminó con los tratados de Nankín que otorgaron una serie de ventajas a las potencias europeas, y sobre todo la apertura de cinco puertos importantes al comercio occidental. Al mismo tiempo trajo la ruptura del monopolio del comercio de la Compañía de las Indias Orientales, abriéndolo a una competencia de libre comercio en la que entraron diversas potencias europeas y los Estados Unidos. Estos últimos aprovecharon el incidente del "envenenamiento del pan" en Honk Kong para provocar a las autoridades chinas, utilizando dicha excusa para ponerse al lado de las potencias europeas en sus guerras de rapiña contra el Asia.

En varios artículos y ensayos, Marx y Engels insistieron en el papel que la Rusia zarista tuvo en todos estos conflictos, no sólo en China, sino en Turquía, Persia, y de las provocaciones y rupturas de tratados que Rusia llevó a cabo, en Bosnia, Servia, Montenegro y Turquía, por ejemplo, y de las cuales, conflictos, guerras y agresiones fueron llevadas a cabo, en las que Rusia permanecía aparentemente en un papel neutral y de apoyo a los países débiles, pero que se manifestó como una táctica para aprovecharse de tales situaciones y para sacarles el mayor provecho; como la adquisición de puestos, establecimientos de embajadas y aun anexiones de territorios; como la Manchuria y los valles del centro de Asia, los ríos y una serie de ventajas semejantes.

En otra serie de artículos y editoriales, Marx y Engels denuncian las maniobras y manipulaciones parlamentarias británicas llevadas a cabo por el primer ministro Palmerston, que le sirven para justificar el avance capitalista, y el uso del incidente de la "Lorcha Arrow" como una nueva excusa para llevar a cabo una nueva incursión en territorio chino. Sin embargo, sobre todo Engels, llevando a cabo un análisis profundo sobre las intervenciones desde el punto de vista militar, profetizó que los chinos emplearían cada vez más nuevas técnicas y estrategias de lucha, que acabarían por ser superiores a los occidentales. La intervención a raíz del incidente de la Lorcha Arrow, prueba que los vaticinios de Engels fueron ciertos, ya que las fuerzas aliadas fueron derrotadas por una serie de estrategias de tipo guerrillero.

La derrota sufrida por Europa frente a los guerrilleros chinos, hizo que en 1860, Palmerston pasara por alto las decisiones parlamentarias y llevara a cabo una alianza con Luis Bonaparte que concluyó con una tercera intervención armada masiva que acabó por destruir definitivamente las bases del Imperio Celeste en China. No sólo el poder político quedó destruido, sino las formas de tenencia y de producción comunal

de los pequeños agricultores y artesanos o industriales domésticos chinos fueron suplantadas por el terrateniente y el avance de la industria capitalista.

El resultado fue que Marx optó por una actitud pesimista con respecto al potencial revolucionario chino, ya que consideró que aun la rebelión Taiping no era más que una explosión de "nada" que no había modificado ninguna estructura en China, y se había convertido en una plaga para el país, en una banda de pandilleros y terroristas incapaces de modificar al "fósil viviente" que era el Imperio Celeste. Su interés por China decreció y, posteriormente, sólo se encuentran algunas referencias a China en los tres tomos de *El capital*, de tipo económico, para ejemplificar cuestiones sobre el fetichismo de la mercancía, la circulación y la acumulación de capital, y los modos de producción; aunque no dejó de establecer en un artículo escrito en 1850, que quizás China podría dar una sorpresa y asombrar al mundo europeo con la creación de una república en la que a la entrada de la muralla china pudiese leerse "Igualdad, Fraternidad y Libertad".

Finalmente, Engels, en una carta a Kautsky en 1892 a raíz de la guerra chino-japonesa, dejó entrever que el fin de la vieja China marcaba el advenimiento de una revolución completa que no se detendría en el interior de sus murallas, sino que acabaría por destruir el capitalismo en Europa y en los Estados Unidos...

La penetración del capitalismo inglés en China no fue fácil, sino el resultado de un largo proceso gradual, debido a las características mencionadas de la estructura económica china, las bases económicas familiares y comunales y las tradiciones casi inamovibles de los chinos.

Sin embargo, con la penetración japonesa, el proceso sufrió una aceleración, con la industria, los ferrocarriles, la movilización de la población china y las exigencias de la guerra chino-japonesa.

Lo que para los ingleses constituyó casi una tarea imposible, fue aprovechado por los rusos, que debido a su situación geográfica pudieron, mediante una estrategia combinada de ayudas y agresiones indirectas, abrirse mercados en el vasto territorio chino, comercio que era además indispensable para el desarrollo capitalista de Rusia.

La historia contemporánea ha venido a confirmar lo que ya apuntaba como una tendencia en la segunda mitad del siglo pasado. China dio la gran sorpresa que profetizaron tanto Marx como Engels, y su revolución fue inspirada en gran parte por la cercanía de la revolución rusa, adoptando un modelo, en muchas cuestiones, similar al soviético. Sin embargo, las diferencias de desarrollo por un lado y las diferencias culturales por el otro lado, han venido constituyendo, sobre todo a partir de los últimos 15 o 20 años, modelos aparentemente distintos de desarrollo socialista, que no han concordado en un momento dado y se han visto aun antepuestos uno al otro.

El libro que nos hemos ocupado en reseñar, *China, ¿fósil viviente o trasmisor revolucionario?*, plantea una pregunta que el desarrollo histórico ha respondido ampliamente. Nadie en la actualidad se pregunta si China puede seguir siendo un fósil viviente, y sobre todo a partir de las purgas culturales de su revolución cultural, que acabaron por dar el tiro de

gracia a los vestigios de su tradición milenaria. Si la nueva estructuración política china, el culto "celestial" al líder de la revolución de 1949, Mao Tse-tung, y otras cuestiones, son una forma travestida de las antiguas formas, queda al lector decidirlo a partir de la información existente sobre la China contemporánea.

Alberto Ruz y Andrés King

SALOMÓN, JEAN-JACQUES. *Ciencia y política*, México, Siglo XXI Editores, 1974, 277 pp.

Jean-Jacques Salomon define la ciencia (las ciencias) como una actividad, como una práctica: "la ciencia es la actividad a la que se entregan los investigadores —científicos, ingenieros y técnicos— en el marco de los conocimientos, métodos, procedimientos y técnicas sancionados por la experimentación y la comprobación" (p. 2). Así, el tema central de este trabajo se sitúa de entrada en el campo de las relaciones entre saber y poder: ¿por qué y para qué el poder utiliza a la ciencia como un medio, y en qué forma el saber considera al poder como su instrumento?

Para Salomon, la ciencia, en especial a partir de la Segunda Guerra Mundial, depende cada día más del poder público. De acuerdo con Galbraith (*El nuevo Estado industrial*), Salomon afirma que los gastos en investigación de los países desarrollados, así como el número de investigadores, han aumentado de manera considerable, lo que refleja una mayor intervención del poder en el terreno de la ciencia. Las decisiones políticas influyen sobre la ciencia y la ciencia influye sobre las decisiones políticas. Esta nueva relación entre deber y poder ocurre en un espacio determinado que el autor denomina (también, sin duda, siguiendo a Galbraith en su conocido concepto de *tecnestructura*) tecno-naturaleza: "En este espacio, la ciencia se realiza como una técnica entre otras más, es la manipulación de las fuerzas naturales bajo el horizonte de las decisiones políticas, siendo a la vez fuente de problemas nuevos para el poder y tributaria de los objetivos que este último se propone alcanzar" (p. 42). En la tecno-naturaleza, los científicos se dan cuenta de que su trabajo no es neutro y que aun los temas y los métodos científicos se ven envueltos en el tejido ideológico del poder.

Salomon considera que la relación entre ciencia y poder es de naturaleza idéntica en todos los países: "la tecnonaturaleza es un fenómeno universal que no está inscrito en las características de las naciones o de los regímenes políticos, sino en el proceso contemporáneo de industrialización" (p. 13).

Esta relación no ha sido siempre la misma. Según Salomon, hasta la revolución científica del siglo xvii la ciencia no ofrecía aplicaciones prácticas, y en consecuencia el poder no tenía cómo aprovecharse de ella o de intervenir en su realización. El carácter experimental de la ciencia abrió el camino a la unión de intereses y objetivos entre saber y poder; es decir, a una creciente adaptación de la investigación científica a los requerimientos del Estado.

Salomon concluye, tras un rico examen del funcionamiento

del "sistema de la investigación", que la asignación de recursos a la ciencia por parte de los gobiernos tiende a decrecer después de los últimos veinticinco años de opulencia. La investigación científica se ha convertido en un trabajo organizado y, por tanto, debe obedecer a los imperativos de eficacia de los demás trabajos. Como los resultados de la investigación son imprecisos los gobiernos no quieren ya arriesgar más que en aquellos campos que sirvan, directamente y en plazo breve, a sus objetivos inmediatos. Ante esta situación, Salomon ofrece un panorama desolador para los científicos: su destino será proletarizarse a la vez que se profesionalizan; la "superproducción" de científicos hará de la actividad de investigación un "trabajo entre otros".

¿El futuro pinta mal para la ciencia? No, porque Jean-Jacques Salomon distingue entre "científicos" y *sabios*. "La idea de sabio proviene de una concepción de la investigación que recusa a aquello en lo que ésta se ha convertido como actividad productora en nuestros sistemas industrializados, en nombre de lo que tendía a ser como ideología del conocimiento en los sistemas preindustriales" (p. 263). "El científico es un agente de la producción; el sabio... es una *figura de la cultura*" (p. 263). Así, todo está a salvo: la Ciencia con mayúscula y los individuos; el Individuo único que piensa para la humanidad, el Sabio.

El discurso de Salomon no se sostiene, pese a sus innegables aciertos (sobre todo la descripción del funcionamiento de las relaciones entre industria militar e investigación científica en la sociedad norteamericana), porque olvida precisamente, en los hechos, la realidad, la sociedad y la historia a las que se refiere tan sólo en forma anecdótica. En la sociedad, la adquisición de conocimientos es un camino hacia la adquisición del poder. La conciencia de conocer se identifica con la conciencia de poder. Conocer es darse cuenta de que se *sabe hacer*: la cultura, la ciencia, es siempre un poder.

Pero el poder es precisamente un problema político. Así, la ideología de la clase capitalista proclama siempre la "necesidad" de la adaptación y limitación de las demandas culturales de acuerdo con los intereses económicos del sistema: la creación y la difusión culturales "deben" someterse al mercado de la cultura; la enseñanza "debe" ser selectiva y asegurar la formación y adiestramiento de una élite eficaz indispensable para la dirección de los negocios; la investigación científica "debe" ser "rentable", etcétera. La concepción de las fuerzas democráticas es radicalmente distinta (y éste es el punto de vista que "olvida" Salomon) y se basa en la necesidad de una política cultural en beneficio de toda la sociedad, definida y establecida por toda la sociedad.

La ciencia es un fenómeno claramente enlazado con las relaciones de producción. En una sociedad dividida en clases, la clase dominante asigna a la ciencia, entre otras, la función de consolidar su predominio a través del poder que otorga el saber. La burguesía se apropia las diversas actividades científicas (o culturales) para convertirlas en un signo de privilegios de clase y en un instrumento de eliminación y segregación sociales.

La ciencia contribuye a un mayor conocimiento y dominio del hombre sobre sí mismo y sobre la naturaleza. Representa, además de un saber determinado, un campo de actividades